

# Némesis

Madahí Morales Macías  
Lingüística y literatura hispánica  
mm202340135@alm.buap.mx

Todo transcurre en un pueblito en el norte —de esos que ni siquiera aparecen en el mapa— más o menos en 2005. Casi no hay testigos de lo que está pasando: sólo Helena, tú y yo. El resto de la familia está en la cocina. Te muestro el escenario: bajo este enorme cielo nublado, hay una casita de adobe con un par de ladrillos expuestos (Helena dice que son sus músculos), de tres cuartos, una sala y un baño. Helena y yo (y ahora tú también) nos preguntamos cómo crecieron su papá y sus tíos ahí. Todos amontonados, seguro. En el patio, que es grande y consta de un montón de tierra, un árbol chueco, una troca que tiene toda la apariencia de no haberse movido en unos veinte años y un granero, se encuentra Helena. Nosotros dos nos encontramos con ella también, pero no puede vernos, de modo que podemos observarla cuanto queramos.

Esta es la casa de los abuelos paternos de Helena: Cuca y Arsenio, ambos pasando ya los 75 años. A su papá no lo conoció, pero aún no entiende lo que eso significa, o eso dijeron sus tíos hace un rato cuando creyeron que no los escuchaba. La historia de su familia está regada por este pueblito y por otros tantos que hay a los alrededores. Helena todavía no sabe esto, pero esa es la razón por la que corre sola por el pueblo de un lado a otro: está regando su historia. Por eso paso los días viéndola asustar ganado, tocar puertas ajenas y correr, sentarse en la banqueta a observar casas ajenas (jamás le ha interesado su interior, más que nada, le gusta verlas y preguntarse

por qué eligieron ese color de pintura para la fachada), correr por el riachuelo en el que sus tíos lavaban sus carros cuando eran jóvenes y comprar dulces en las tiendas de abarrotes. También le gusta ir al kínder abandonado que está justo junto a la casa para saltarse la barda y correr al enorme columpio metálico pintado de color rosa, que ya está oxidado e incluso una niña de siete años como ella puede catalogar como peligroso.

Pero hoy no estamos esperando regar historia, sino pintura. Helena está sentada en la barda de adobe que separa su casa de la de Noelito, su víctima. Bajo la sombra del árbol, observa un enorme bote de pintura blanca como un cazador observa su arma. Helena no considera a Noelito su víctima, sino su enemigo. La verdad es que el contexto de esta enemistad se me escapa un poco. Tendrás que disculparme: no soy una niña de siete años. Empecemos por los hechos: Noelito es un niño de unos doce años, hijo de los vecinos. Es alto, tonto y confiado, tres cosas que nuestra protagonista no es. Pero su enemistad... Creo que tiene que ver con la troca vieja que está a unos metros de ella. Tal vez es porque el niño hizo un comentario cruel sobre ella. O podría ser porque tiró del cabello de Helena el otro día, un insulto imperdonable. Puede que Helena ya esté harta de perder en todos los juegos contra Noelito. Quién sabe. El caso es que aquí estamos, sentados en la barda.

La paciencia con la que Helena espera al hijo de los vecinos debería preocupar a cualquier adulto. Lleva media hora sentada,

suficiente para aburrir a cualquier niño, pero su postura y expresión denotan una absoluta concentración: la espalda recta, el ceño fruncido, el cabello lacio bien recogido y las manos sobre sus piernas. Tiene la atención de quien cruza un campo minado y la determinación de un clavadista a diez metros de altura; Noelito puede darse por muerto, todo esto está planeado y su nombre ya fue escrito con tinta roja en la tapa del bote de pintura. Los adultos en la cocina deberían estar buscando un psicólogo infantil o un jarabe para la tos como mínimo.

El viento casi muerto del norte sopla débilmente, el árbol que Helena sale a ver todas las tardes está siendo asediado por los rayos una vez más, los adultos ya comenzaron a discutir y Helena no mueve un dedo. Los tres estamos esperando al condenado niño, aunque no creo que ninguno de nosotros sepa por qué.

Finalmente (y muy para su mala suerte) aparece Noelito. Alto, flacucho, lleno de tierra y con las rodillas raspadas: el formidable enemigo de Helena. Él advierte su diminuta presencia enseguida y se acerca sin dudar. Como dije, es confiado. No le tiene miedo a una niña citadina, la ha visto llorar en incontables ocasiones y piensa que una astilla en el dedo meñique es suficiente para derrumbarla (tiene razón y a la vez no).

—¡Eh, Carlos! —Exclama el niño a modo de saludo.

Hemos dado con su error fatal. Noelito lleva un día y medio diciéndole Carlos a Helena y

este es, al parecer, el peor de los insultos. La furia atraviesa a Helena, sus orejas se ponen rojas y sus ojos se entrecierran. La niña se levanta dispuesta a tomar el bote de pintura y lanzarlo contra su agresor verbal. Noelito, aún sin saberse objeto de una venganza desmedida, camina tranquilo hacia la barda de adobe.

La venganza está a punto de consumarse, pero Helena no pensó en una cosa: el bote de pintura es demasiado pesado y no hay manera en que pueda levantarlo y bañar a Noelito en pintura de pies a cabeza como tanto había imaginado. Esto no la detiene porque su furia está desbordada y preferiría clavarse una astilla en el meñique que volver a su casa llamándose Carlos un día más. Sus manos se posan sobre la tapa. Noelito se acerca. ¿Piensa volcar el bote y mancharle solo los pies?

—¿Qué es eso?

Noelito no tiene ni tiempo de leer su propio nombre en letras rojas. Helena toma la tapa entre sus diminutas manos y, con una fuerza que sólo sus hermanos han sufrido en carne propia, la lanza contra su némesis. Silencio absoluto.

El subidón de la victoria invade a Helena, se siente consumida por una alegría que no recuerda haber experimentado antes (esto no deja de ser preocupante). Ya está pensando en cómo va a contarles esta épica anécdota a sus tíos. Noelito cubre su cara con ambas manos y no emite ningún sonido. Helena ríe: sabe que está fingiendo. Aquí entre nos, yo no estoy muy seguro.

Entonces lo peor ocurre: Noelito comienza a llorar. Como sabemos, el llanto de un niño es motivo de pánico para adultos y niños. Es el equivalente humano a una sirena, a un gong. Pero hay un desafortunado detalle para el flacucho niño: su llanto es agudo. Muy agudo. Demasiado para un niño de doce años. Helena se ríe con más ganas. Esta venganza se vuelve más cruel por segundo.

—Ay, ay. ¡Ya, llora bien, no hagas como niña!

—¡Así lloro yo! —Grita Noelito, humillado.

Sólo para probar que su dolor es real, Noelito descubre su rostro. Para el horror de todos, hay sangre en su boca hinchada. La cara de Helena se pone pálida. El pánico se siente en el aire. El lloriqueo agudo de Noelito ya no es un chiste sino una alerta. Los adultos no tardan en llegar y Helena no tiene hacia dónde correr. Aterrorizada, considera sus opciones: volver a la casa o probar su suerte en la calle. Podría huir, cambiarse el nombre y nunca mirar atrás. Extrañaría a su mamá,

claro, pero podría enviarle cartas de vez en cuando.

Antes de que pueda decidirse, la mamá de Noelito (cuyo nombre nunca nos ha importado) sale apuradísima de la cocina y atraviesa el patio a grandes zancadas. Helena la evalúa rápidamente: chiquita, regordeta y de manos grandes, ganaría en una pelea de fuerza. Está perdida. Tal vez debería gritar y dejar sus tíos la castiguen por toda la vida con tal de que detengan la matanza que está a punto de tener lugar.

—¿Qué le hiciste a Noel? —Pregunta la señora. Su voz tiembla de enojo y terror. Helena está como paralizada, abre la boca sin poder decir nada.

El llanto aumenta y con él la tensión. Noel corre hacia su mamá, quien examina su cara con los ojos entrecerrados (Helena piensa que por lo menos debería abrirlos bien antes de decidir cintararla por lo que podría ser sólo un rasguño en la cara de su hijo).

—¡Le tiraste un diente!

Con eso, el pánico está por los cielos. Helena tiene la cara del color del cielo nublado en este momento. Aprieta las manos en puños para evitar que tiemblen más e intenta pensar en una solución.

—Le va a volver a crecer... ¿no?

La señora mira a la niña como si estuviera intentando encontrar en su rostro algún indicio de broma, pero lo único que ve es a una delincuente de metro y medio.

—¡Tiene doce años, niña! ¡Sus dientes son adultos! ¿Quién va a pagar por el dentista? ¿Tú?

No hay más opciones. Helena echa una última mirada a la tapa que dice NOELITO, a la cara hinchada y fea del niño, a la señora enfurecida que seguro está a punto de pegarle, y se hecha a correr. Nosotros corremos detrás de ella sin saber a dónde vamos. No le queda más que huir; ella jamás podría pagar un dentista con el dinero que le da su abuelito cada domingo. Mientras corre, piensa en lo mucho que le gusta su nombre y los ojitos se llenan de lágrimas. Se siente sola y acabada. No se atreve a mirar atrás porque le da miedo que la señora sin nombre la esté persiguiendo. Se pregunta si todo esto hubiera salido mejor si hubiera vaciado poquita pintura en un bote más pequeño.

Sigue corriendo y no se detiene hasta que ve el carro de su abuelito, un Buick café que se ve viejito como él. En medio de todo este caos, Arsenio es el único posible aliado de Helena. Él podría llevarla a Chihuahua para que empiece una nueva vida lejos de Noelito

y su aterradora madre, de modo que la niña decide abrir la puerta del coche y sentarse en el asiento del copiloto.

Dentro del auto, su abuelo la mira sin decir nada, con sus ojos claros y tranquilos que no le heredó a ella. Trae puesto su sombrero blanco, el favorito de Helena, y una de sus camisas de cuadros. Helena nunca se ha confesado, pero recargada en el cuero viejo, ya caliente por el sol, siente el pecho lleno de cariño por su abuelo, el llanto por fin cede y decide que tiene que decir toda la verdad y que mentir en este momento sería un pecado.

Sin embargo, teniendo siete años y poco entendimiento sobre sus impulsos, lo único que Helena logra decir entre sus balbuceos es:

—Le tiré un diente a Noelito. Su mamá dice que ya no le va a crecer.

Hay una pausa. El silencio se llena sólo con el sollozo bajito de Helena, que no se atreve a mirar a su abuelito a los ojos porque la consume el miedo de que no quiera ayudarla, de que por primera vez en su larguísima relación, Arsenio se enoje con ella.

—¿Qué bueno! —Exclama él, para sorpresa de todos. Helena deja de llorar de golpe y lo mira asombrada. No cree que pueda amar a nadie tanto como ama a este hombre con sombrero, que le sonrío como le sonrío todos en su cumpleaños—. ¡Me cae tan mal ese chamaco!

Su abuelo la premia comprándole chocolates en la tienda de abarrotes y así termina el calvario de Helena, quien ha recuperado su nombre y ya no es una fugitiva. Ella respira más aliviada que nunca y mece los pies en el asiento del copiloto, sentada en el auto que ahora es su refugio. Hoy ha nacido una alianza.